

allende el Rhin y los Alpes, se le concedía mas de lo que necesitaba y de lo que apetecía. De consiguiente, salvo algunos pormenores, se debía aceptar la paz con que se nos brindaba, pues se hallaba exasperada Europa, y agotada Francia empezaba á participar de la exasperacion de Europa contra un sistema que no consentía mas bienestar al vencedor que al vencido.—En una de estas conversaciones, á la cual asistian Mr. Daru, Mr. de Caulaincourt, Mr. de Basano, y hasta el mismo rey de Sajonia, se permitió decir Mr. Fouché á Napoleon que, si no daba la paz de seguida, se haria muy en breve odioso á la Francia, y que habria peligro, no solo respecto de su persona, sino de su hijo y de su dinastía; que se perderia, si no aprovechaba la primera coyuntura para deponer las armas; que por honor venia Francia á hacer el último esfuerzo, no queriéndose retirar batida de su gran desafio con Europa, si bien despues de las victorias de Lutzen y Bautzen, ya consideraba su honor bien puesto, y se daria por satisfecha con tener el Rhin y los Alpes, cuya posesion no le disputaba ya ni Inglaterra; pero, que si á pesar de la posibilidad evidente de conseguir una paz de esta clase, todavía se porfiaba en seguir la guerra, se consideraria sacrificada á un sistema personal de Napoleon, sistema insensato, y que detestaba tanto como Europa, trayéndole iguales padecimientos.

Tan atrevidas proposiciones causaron á Napoleon una irritacion extremada, y no supo responder mas que diciendo que se ignoraba el secreto de las negociaciones; que las potencias beligerantes le pedian cosas inadmisibles; que, si las otorgaba, le creeria tan debilitado la Europa que muy luego

le exigiria todo lo que no podia concederse, ni aun por ninguno de sus contradictores; que, para conservar lo necesario, habia que defender hasta lo superfluo, mostrándose indomable, resignándose todavía á dar una ó dos batallas, á trueque de sustentar la grandeza adquirida á costa de veinte años de derramamiento de sangre, y sabiendo arrostrar la guerra algunos dias mas para conseguir una paz sólida y verdadera. En suma, en esta conversacion asi como en cuantas se suscitaron sobre tal materia, ocultando siempre los verdaderos hechos, dejando ignorar siempre que en realidad no se trataba mas que de Hamburgo y del protectorado de la Confederacion del Rhin, su arte consistia en sostener que todo ó nada; que convenia defenderlo ó abandonarlo todo, y como abandonarlo todo no queria nadie, su deducccion era que todo habia que defenderlo. Sin duda la fuerza de su talento y de su lenguaje conseguia embarazar á sus interlocutores, que, ignorando el secreto de las negociaciones, no podian responderle; pero no lograba vencerlos, y les dejaba atemorizados ante la fatal resolucion que ponian en claro su actitud y sus discursos. A veces admiraban su carácter indomable detestando su orgullo funesto, y se iban silenciosos, descontentos y generalmente desconsolados. Solo uno de ellos, aparentando no parar mientes en el peligro, afirmaba que el genio del emperador era inagotable en recursos, y triunfaria de todos sus enemigos, y recuperaria tan grande y mas que nunca su prepotencia de 1810 y de 1811. Se adivina que este interlocutor era Mr. de Basano, menos excusable que otro alguno, pues solo él sabia el secreto de las cosas, solo él sabia que por Ham-

burgo y por el título de protector de la Confederación del Rin se corría el peligro de perderlo todo. No obstante, para reducir á lo justo su responsabilidad, que de otro modo sería muy pesada, conviene decir que apenas influía en las resoluciones de Napoleon, poco impresionado al parecer por sus magníficos vaticinios, y que solamente lograba excitar en Mr. de Caulaincourt signos de impaciencia poco lisonjeros y poco disimulados.

No solo en Dresde había encontrado Napoleon estas contradicciones, atenuadas á pesar de todo por la sumisión de aquel tiempo, sino en la misma capital de Francia. Oyendo mas que otro alguno los clamores de la opinión pública el ministro de Policía, duque de Rovigo, y no temiendo los accesos de enojo de Napoleon, de los cuales tenía ya costumbre de no hacer caso, se atrevió á escribirle muchas veces lo que ninguno de sus ministros osaba manifestarle, esto es, que la paz era urgente; que no había que esperar un nuevo esfuerzo, semejante al que acababa de conseguirse, de la Francia ya fatigada; que todos los enemigos del gobierno, desalentados y dispersos hasta entonces, ya recuperaban los bríos y la esperanza; que los revolucionarios, oprimidos bajo los recuerdos de 1793 por largo tiempo, los Borbones, olvidados de muy atrás y del todo, nuevamente aspiraban á hacer figura, y que estos últimos divulgaban manifiestos que eran leídos con cierta curiosidad y sin ira. Todas estas aserciones eran verdaderas; y saltaba á los ojos que la idea de otro gobierno que el de Napoleon, idea á que ningun espíritu había dado cabida en el curso de catorce años, ni aun á la vuelta de Moscou, prolongándose situación semejante, em-

pezaba á penetrar en la mente de muchas personas, y se iba á hacer general, si seguía la guerra; que, así como al lado del general Bonaparte se había buscado en 1799 un refugio contra la anarquía, se iría pronto á buscar al lado de los Borbones un refugio contra la guerra perpétua. Mas ó menos á las claras, mas ó menos hábilmente, esto fué lo que el ministro de Policía, duque de Rovigo, procuró dar á entender á Napoleon con una osadía honrosa, aunque fuera mas meritoria y de mas provecho, si Napoleon diera mas importancia á lo que venía por su conducto. No se aventurara el príncipe Cambacéres á decir otro tanto, aun cuando tomara mas en serio la cosa, y de consiguiente con menos paciencia. Sin embargo, cansado Napoleon de las cartas del duque de Rovigo encargó al príncipe Cambacéres que le significara que le producian molestia, y que, manifestando tanto amor á la paz se le dañaba mas que se le servía; que se coadyuvaba á hacer á sus enemigos mas exigentes, acreditando la especie de que Francia no podía ya hacer la guerra; que solo él sabía cómo era menester gobernarse para dar la paz á Francia con seguridad y con honor; que, ingiriéndose el duque de Rovigo en este asunto, se entremetía en lo que ignoraba, y en suma que se callara, porque no aguantaría largo tiempo semejantes indiscreciones.

Dura y todo esta reprimenda no era de índole propia á intimidar ni á desalentar al duque de Rovigo, porque no tomaba mas en serio los arrebatos de Napoleon que este la política de su ministro de Policía, y muy pronto se debía permitir otra tentativa, á la verdad no mas venturosa, pero que de-

mostraba hasta qué punto la necesidad de la paz era universalmente sentida, dado que penetraba por entre el despotismo, que envolvía entonces á toda Francia, y pesaba tan ominosamente sobre ella.

Después de cerrar la boca Napoleón al duque de Rovigo, dió un empleo al duque de Otranto. Ya había hallado uno para el mariscal Soult en España, y encontró otro para el duque de Otranto de resultas de un accidente tan singular como lamentable. Después de la herida que recibió en Portugal el general Junot en la cabeza, nunca recuperó sus facultades físicas y morales. Durante la campaña de Rusia, no se le vió su habitual ardimiento, aunque no fuera tan censurable como se le supuso, y las reconvenciones que por Napoleón le fueron dirigidas, le acabaron de quitar el juicio. Enviado á Laybach como gobernador de la Iliria, de pronto dió señales de locura, hasta el extremo de ser preciso llevarle á la fuerza á Borgoña, su país nativo, donde murió de allí á poco. Napoleón nombró á Mr. Fouché gobernador de la Iliria, empleo poco amoldado á la gran situación de este antiguo ministro, si bien aceptólo por considerar buena toda manera de volver á entrar en funciones. Al paso por Praga debía de ver á Mr. de Metternich, y de aprovecharse de las antiguas relaciones para sostener cerca de este ministro las pretensiones de la Francia. Harto pequeño era el recurso en comparación del designio, é incapaz de compensar el mal efecto que iba á producir en Austria un nombramiento de esta clase, harto demostrativo de la poca disposición á renunciar á la Iliria.

Incontrastable Napoleón, por mas que á veces

estuviera agitado, en su manera de negociar, reducida, según se ha visto, á ganar tiempo, ora para obtener si era posible una nueva próroga del armisticio, ora al menos para diferir algunas semanas la entrada en acción del Austria, ora para romper el congreso por una cuestión de forma, y no tener que decir á Europa y sobre todo á Francia, que rehusaba la paz á causa del protectorado del Rhin y de Hamburgo. Para salir airoso de este manejo, hizo que con la abertura de las negociaciones coincidiera un segundo viage, que tenía resuelto para fines de julio, con el objeto de visitar á la emperatriz en Maguncia, y que no podía menos de introducir nuevos tropiezos en el curso de las negociaciones. Con efecto había citado á Maria Luisa en Maguncia para el 26 de julio, con animo de permanecer algunos dias á su lado, y sobre todo de pasar revista á las divisiones destinadas á formar los cuerpos de los mariscales Saint-Cir y Augereau. Al marchar dejó los poderes para Mr. de Caulaincourt, que debía dirigirse á Praga tan luego como de los comisionados reunidos en Neumarck se recibiese una respuesta satisfactoria relativamente al término exacto del armisticio: á estos poderes añadió instrucciones, acordadas con Mr. de Basano, para que, ya en Praga, pudiese Mr. de Caulaincourt emplear de una manera especiosa los seis ú ocho dias que iba á durar su proyectado viage á orillas del Rhin.

Ya era el 24 de julio, y no se calculaba que la respuesta de Neumarck llegase antes del 25 ó del 26. Mr. de Caulaincourt debía de partir al dia siguiente, de perder uno ó dos dias en entablar relaciones con los plenipotenciarios, de dedicar

cinco ó seis á discutir sobre la presentacion de los poderes y sobre la forma de las conferencias. Si, á impulsos de su pacifico celo, se manifestaba monsieur de Caulaincourt apremiante, y pedia autorizacion á Mr. de Basano para ir mas lejos, Mr. de Basano le debia permitir que hiciera algunas concesiones respecto del cange de los poderes y de la forma de las negociaciones, si bien prohibiéndole expresamente entrar en el fondo de las cosas. Fácil seria llegar de esta suerte hasta el 3 ó el 4 de agosto, dia probable de la vuelta de Napoleon á la capital de Sajonia, y entonces él mismo trazaria la conducta que se habia de seguir ulteriormente.

Despues de fijar á tenor de estos datos las instrucciones, Napoleon adoptó sus providencias para partir el 24 de julio por la noche. Al mismo tiempo expidió algunas órdenes relativas á sus tropas. Los dos meses perdidos para las negociaciones no lo fueron naturalmente para los aprestos militares. Bien acampada, bien mantenida, bien ejercitada, habia ganado la infantería bajo todos conceptos, y particularmente bajo el de la fuerza numérica. Del todo habia cambiado la caballería; era numerosa y hallábase bastante bien montada. Se veian en mejor estado los potros, casi todos heridos á la entrada de la campaña. Nuestros ginetes, tan prontos en formarse, ya sabian servirse de sus caballos y cuidarlos. Además de la caballería ligera agregada á cada cuerpo de ejército, contaba Napoleon cuatro excelentes cuerpos de caballería de reserva á las órdenes de los generales Latour-Maubourg, Sebastiani, de Padua y de Valmy. Formada la Guardia de cinco divisiones de infantería,

presentaba además doce mil ginetes con doscientas bocas de fuego bien servidas. Mil quinientos guardias de honor habian llegado á las órdenes del general Dejean á Dresde. Esta bizarra juventud que al pronto no habia partido con las mejores disposiciones, ya entrada en línea, solo aspiraba á distinguirse á los ojos del grande ejército. Excelente era el cuerpo del general Vandamme, que Napoleon habia visto en Magdeburgo, compuesto de reclutas, si bien dentro de los viejos cuadros vueltos de Moscou. Las cuatro divisiones organizadas en Maguncia y destinadas á ir por Wurzburg, Hof, Freyberg y Dresde á Koenigstein, avanzaban hácia este punto, y ofrecian un aspecto satisfactorio, aunque llenas de jóvenes como toda la hueste. Enviadas de todas partes las provisiones llegaban por el Elba á Dresde, donde en la actualidad se habian reunido mas de cincuenta mil quintales de granos y harinas. Merced á la actividad del mariscal Davout, ya salian por decirlo asi de debajo de tierra las fortificaciones de Hamburgo; ya contaban en batería doscientas bocas de fuego, que iban á ascender á trescientas muy pronto. Asi todo se llevaba á remate á tenor de las miras de Napoleon, y el progreso de sus designios no le predisponia á la paz de ningun modo, lo cual autorizaba á monsieur de Basano para decir que las fuerzas del emperador eran inmensas, y su genio cada dia mas grande; que Europa debia temblar de resultas, y que no tocaba al mas fuerte hacer sacrificios al mas flaco.

Aspirando Napoleon á comunicar algo de animacion á sus campamentos, donde salvo las horas dedicadas á las maniobras, estuvieran ociosas sus

jóvenes tropas durante dos meses, para ocuparlas ideó una especie de ejercicio tan activo como provechoso, ordenando que tiraran al blanco; y á fin de interesarlas mas en este ejercicio importante, quiso que se distribuyeran premios proporcionados á su puntería. Los seis mejores tiradores de cada compañía recibirían un premio, y se unirían despues todos los del mismo batallon para competir juntos y optar á otro premio triple que el precedente. Los de los batallones se debían unir por regimientos, los de los regimientos por divisiones, los de las divisiones por cuerpos de tropas, y concurrir de nuevo á premios sucesivamente mas altos, de modo que los mejores tiradores de un cuerpo de ejército podían alcanzar premios que subían hasta cien francos. Todos estos premios representaban un desembolso de cien mil francos, gasto insignificante á todas luces, y mas ofreciendo la ventaja inapreciable de mejorar la puntería, de ocupar y de distraer á los hombres, y de proporcionarles la ocasion y el medio de agasajar á sus camaradas. Tambien dispuso Napoleon que se pagara el sueldo á los oficiales, á fin de que pudiesen disfrutar de los pocos dias que les quedaban de descanso, y ¡ay, que para la mayor parte de ellos eran los últimos de su vida! Se aproximaba el dia del santo de Napoleon, como que se celebraba el 15 de agosto, y quiso que el dia 10 se festejara, á fin de que, debiendo comenzar el 17 las hostilidades, no estuviesen demasiado cercanos los regocijos á las nuevas escenas de matanza que preveía. En todos los campamentos se habían de dar el dia 10 comidas á sus expensas y en honor suyo. Los oficiales debían comer en casa de los mariscales, juntos los soldados

y en mesas servidas al aire libre. Abundantemente había de circular el vino, bebiéndose ora á la salud de Napoleon, ora al triunfo de las armas de Francia. Así procuraba Napoleon amenizar en cierto modo la guerra, y mezclar los regocijos á la muerte. Para Maguncia salió el 24 de julio, dejando tras sí invariablemente previstas y providenciadas todas las cosas.

Al cabo el dia 26 respondieron los comisionados de Neumarekt de una manera satisfactoria relativamente al dia fijo de la vuelta á las hostilidades, y despues de conferenciar sobre este punto con el emperador Alejandro, y especialmente á consecuencia de las vivas observaciones de Mr. de Metternich, reconocióse que el general en jefe Barclai de Tolly había comprendido mal las palabras de su soberano, y que, si podía ser denunciado el armisticio el 10 de agosto, no espiraba hasta el 16 sin embargo, lo cual retardaba hasta el 17 la vuelta á las hostilidades. Segun se ha visto, esta mala inteligencia provino de la falta de claridad con que el emperador Alejandro dió á conocer una concesion que le embarazaba ante los partidarios impacientes de la guerra, y de la poca propension de estos á interpretar en el sentido de la paz las estipulaciones dudosas. A la sazón se hallaba el emperador Alejandro en Trachenberg, pequeña ciudad de Silesia, adonde se había dirigido desde Reichenbach con el rey de Prusia, y con la mayor parte de los generales de la coalicion, para conferenciar con el principe de Suecia sobre el plan de las operaciones futuras. Esta reunion, muy deseada por los dos soberanos, con el designio de encadenar definitivamente al antiguo mariscal Berna-

dotte á su causa, y de poner término á sus vacilaciones prolijas, distaba mucho de agradar á los oficiales rusos y alemanes, y menos á éstos. Se hablaba de conferir al príncipe real un mando importante, y se le preparaban honores extraordinarios en su camino, á fin de tocarle por el lado sensible de la vanidad que henchía su alma. Estas contemplaciones á un hombre, que á los ojos de los alemanes y de los rusos no tenía otro mérito que el de ser general francés y que estaba lejos de figurar entre los de mas valía, excitaban hasta el mas alto punto los celos nacionales en los estados mayores aliados. Al decir de ellos, sus monarcas pretendían declarar que un general francés, mediocre y todo, valía mas que los generales de la coalición sin excepcion alguna, y que era título de honor exgrimir las armas contra el país propio. Con imponderable disgusto miraban la perspectiva de militar bajo su mando.

Desgraciadamente usaban del mismo lenguaje respecto de otro general francés, grande hombre de guerra, dotado de verdaderas virtudes cívicas y militares, y no remunerado á semejanza de Bernadotte con una corona por premio de servicios escasos, sino con el destierro por premio de servicios inmensos, y que vencido por el fastidio, la holganza, la irritacion que le inspiraba un rival dichoso, y el horror que le hizo sentir la campaña de Moscou, se dejó persuadir á abandonar la América por la Europa. Este general era el ilustre Moreau. Había llegado á Estocolmo, atraído allí por Bernadotte, que parecia estimulado á proporcionarse imitadores. Rodeado en aquella capital de funestos consejos, agitado, combatido, desgraciado, consul-

tándose acerca de si obraba bien ó mal, caminaba sin echarlo de ver á un abismo, dominado por sentimientos confusos que creía honestos, á causa de que, bajo la sincera indignacion que experimentaba, no descubría por cuanto entraban el odio y la ociosidad en su conducta. Mucho se hablaba de esta llegada, y se decía que el general Moreau estaba destinado á ser consejero del emperador Alejandro. De aquí nacia un nuevo motivo de desagrado para los militares rusos y alemanes, quienes mortificados por dobles celos, preguntaban si quizá creerian sus soberanos que para vencer á los generales franceses, no había suficiencia mas que en otros generales franceses.

Sea como quiera, el antiguo mariscal Bernadotte había ido á Trachenberg, y viajando, no con sencillez extremada, á semejanza de los soberanos de Rusia y Prusia, sino con deslumbrador fausto, y á semejanza de un soberano que recorriera sus Estados en una ocasion solemne. Habiendo pasado revista á algunas de sus tropas, que ya se aprovechaban del armisticio para dirigirse á Prusia, asomó cerca de Stettin, donde había una guarnicion francesa. Su cabeza inflamable comenzaba á persuadirse de que Napoleon, aborrecido por Europa y ominoso para Francia, no podía reinar ya mucho, de que los Borbones, olvidados por largo tiempo, no podrían ser repuestos á los ojos de la generacion presente, y de que por lo tanto le tocara reemplazar á Napoleon sobre el trono de Francia. En su orgullo no comprendía el insensato que tras de la gloria se apoderaría de los ánimos solamente la tradicion antigua, y que la medianía manchada de sangre francesa no estaba llamada á suceder al ge-

nio sin ventura. Mientras bajo los muros de Stettin se presentaba á caballo á la vista de la guarnición francesa, se oyeron algunos tiros sin que se pudiese averiguar quien los habia disparado. Oficiales de Bernadotte fueron á quejarse al bizarro general Dufresne, comandante de la plaza, de esta violacion del armisticio.—No es nada, respondió aquel gefe con ironía, la gran guardia ha descubierto un desertor y le ha hecho fuego.—

Conducido de parada en parada en medio de escoltas numerosas y de una espléndida comitiva, el príncipe de Suecia fué objeto en Trachenberg por parte del emperador Alejandro y del rey de Prusia de una acogida extraordinaria, como si les llevara el genio de Napoleon ó el de Federico el Grande. Por lo demás debia aquellas atenciones afectadas menos á sus talentos que á los temores que sobre su fidelidad habia inspirado y al deseo de presentar á un lugarteniente de Napoleon, fatigado de su predominio hasta el punto de volver las armas en su contra. Si á la cualidad de francés y de lugarteniente de Napoleon, juntara la de ser hermano suyo, aun fueran mayores los homenajes, pues se hallara su defeccion mas significativa. Hasta el dia en que se rompió con Dinamarca y se adjudicó la Noruega á Suecia de una manera definitiva, alternadamente el nuevo sueco habia prometido, vacilado, y aun amenazado; pero al fin acababa de abrazar su partido y de poner en movimiento veinte y cinco mil suecos. Por galardón de este refuerzo, excelente sin duda, pues no habia soldados mas briosos, ni animados de mejores sentimientos que los suecos, queria imponer extrañas exigencias. Descára ser generalísimo, ó á lo menos

mandar á todos los ejércitos no mandados por los dos soberanos en persona. Se le resistió blandamente, y poco á poco se le trajo á pretensiones de menos bulto, por la razon muy obvia de que los puntos ocupados necesariamente no permitian que los diversos ejércitos operaran bastante cerca unos de otros, para que los pudiese guiar un solo caudillo. Despues de los debates que duraron desde el 9 al 15 de julio, se convino en el plan de campaña de que se va á dar cuenta, fundado en la cooperacion de los austriacos, pues aun cuando se les hubiese encargado que negociaran por todo el mundo, la conviccion generalmente esparcida de que Napoleon no aceptaria su sistema de pacificacion, inducia á considerar sus tropas reunidas en Bohemia, en Baviera, en Estiria, como inevitablemente destinadas á obrar en union de los ejércitos prusiano y ruso.

Avalorando el peligro de venir con Napoleon á las manos, se propusieron abrumarle por la masa de fuerzas, y no se desesperaba á la verdad de reunir ochocientos mil soldados, en primera linea quinientos mil de ellos, y maniobrando concéntricamente sobre la capital de Sajonia. Tres grandes ejércitos activos estaban encargados de expulsar á Napoleon de la posicion de Dresde, donde se alcanzaba que iba á establecer el centro de sus operaciones. Un ejército de doscientos cincuenta mil hombres, formado en Bohemia con ciento treinta mil austriacos y ciento veinte mil prusianos y rusos, y puesto por lisongear á la corte de Viena á las órdenes de un general austriaco, debia operar sobre el flanco de Napoleon por la Bohemia. Otro de ciento veinte mil soldados, á las órdenes del ge-

neral Blucher en Silesia, y compuesto en número igual de rusos y prusianos, debía marchar en derecha por Ciegnitz y Bautzen sobre Dresde, interin otro de ciento treinta mil hombres y confiado al príncipe de Suecia, compuesto de suecos, de prusianos, de rusos, de alemanos y de ingleses se encaminaria desde Berlin hácia Magdeburgo. Acordóse que estos tres ejércitos marcharan prudentemente, evitaran los encuentros directos con Napoleón, retrocedieran cuando asomara para caer sobre aquel de sus lugartenientes que hubiese dejado sobre sus flancos ó su espalda, retrogradaran de nuevo cuando fuera en auxilio del lugarteniente amenazado, se arrojaran de seguida sobre otro, se dedicaran á agotarle así de fuerzas, y cuando le creyeran suficientemente debilitado, se aprovecharan de un momento favorable para echársele encima y ahogarle en los cien brazos de la coalición. Si á pesar de la recomendación hecha á todos los gefes de no cometer temeridad alguna, de mostrarse cautos respecto de Napoleón y atrevidos contra sus lugartenientes, llegaban á ser batidos, no por esto debían desalentarse, pues quedaban trescientos mil hombres de reserva prontos á cubrir las bajas del ejército activo y á hacerle indestructible, á fuerza de renovarlo de continuo. En suma, resolvióse vencer ó morir hasta el postrero. Prusia tenía reservas en Silesia, el Brandeburgo y la Pomerania; Rusia en Polonia y Austria en Bohemia. Esta última potencia debía reunir además un ejército de observación en Baviera, otro activo en Italia, y bajo la hipótesis desgraciadamente hartó verosímil de una ruptura con nosotros, permitía que se formaran cálculos sobre sus fuerzas como ya unidas á la coa-

licion, lo cual daba margen á decir falsamente que ya estaba comprometida al cabo con nuestros enemigos, y que la negociacion de Praga no era mas que una engañifa así por su parte como por la nuestra.

Este plan, basado sobre las maniobras probables de Napoleón y demostrativo de que había dado lecciones á sus adversarios, de las cuales sabían sacar fruto, había salido de la cabeza, no del príncipe de Suecia, sino de los generales rusos y prusianos habituados á nuestro modo de hacer la guerra. Bernadotte no estaba satisfecho de la parte que le incumbía, á pesar de ponérsele al frente de ciento treinta mil hombres, cien mil de los cuales podían concurrir á un mismo campo de batalla, empresa muy superior á sus facultades, pues nunca había dirigido mas de veinte mil soldados, y siempre á las órdenes de otro caudillo. Además de este ejército hubiera querido mandar el de Silesia y tener al mismo Blucher bajo su mando, creyendo que se debía esta distinción á su categoría régia y á sus talentos militares. Pero semejante pretension debía encontrar obstáculos insuperables. En torno de Blucher se reunían los oficiales alemanos mas distinguidos y mas patriotas, y mas comprometidos en las sociedades secretas alemanas, gentes á quienes Bernadotte desagradaba á todas luces, por francés, por traidor á su patria, por especulador que de un año atrás estaba poniendo como á subasta sus servicios hartó dudosos, por general en fin presuntuoso, sin embargo de ser su mérito muy cuestionable. A todos sublevaba la idea de obedecer á tal caudillo, y en Trachenberg usaban del lenguaje mas injurioso para el príncipe de Suecia. No

hubo pues mas arbitrio que aplicarse á hacerle entender la necesidad de renunciar á preteusion tan extraña, debiendo operar los tres ejércitos muy distantes unos de otros, para que se les pudiera someter á un gefe, y solo por satisfacerle, se acordó que en el caso de que el ejército de Silesia fuera llamado á cooperar con el del Norte, pues así se denominaba el suyo, podría dar órdenes al uno y al otro. Se indujo á Blucher y á sus oficiales á admitir esta eventualidad, por desagradable que les fuese, manifestándoles que los dos ejércitos destinados á encontrarse y á operar juntos eran el de Silesia y el de Bohemia, teniendo por objeto común á Dresde, y que por el contrario el del Norte, amenazando á la vez á Hamburgo y á Magdeburgo, tendria muy pocas probabilidades de hallarse con el de Silesia, que, si miraba tambien al Elba, era por mas arriba.

Tras de estos acuerdos, despidióse á Bernadotte embriagado con un incienso quemado por manos reales, y el emperador Alejandro y el rey de Prusia volvieron á Reichenbach, para aguardar el desenlace de las negociaciones, en cuyo resultado no creían el uno ni el otro, cuyo éxito feliz deseaba poco Alejandro, siempre irritado contra Napoleon y muy lisonjeado por la idea de guiar á la Europa, y cuya feliz terminacion aceptara Federico Guillermo, si alguna fé pudiera darla, á impulsos de su constante y prudente desconfianza de la fortuna. A su retorno fué cuando los comisionados de Neumarck dieron la respuesta, que acaba de ser mencionada, y que ya no consentia pretexto alguno para retener por mas tiempo á Mr. de Caulaincourt en Dresde.

Este digno y animoso personage recibió el dia 26 de Mr. de Basano las instrucciones que le habia dejado Napoleon antes de marchar á Maguncia. Aunque nada se dijera en ellas de lo sustancial de las cosas, tan detalladas de buena voluntad estaban las dificultades de forma, y tan á las claras expuestas como un medio de perder tiempo, que Mr. de Caulaincourt quedó consternado. Solo con la intencion de promover una paz, indispensable en su concepto, habia aceptado el papel de plenipotenciario en Praga, papel mas penoso para él que para nadie, porque despues de haber gozado el especial favor del emperador Alejandro, se le debia hacer muy sensible no obtener, si le encontraba, mas que una frialdad ofensiva, y experimentar, si no le encontraba, la misma frialdad por parte de sus agentes mas vulgares. Tan costoso se hacia á su decoro como á su patriotismo exponerse á tratamientos semejantes, para no prestar servicio alguno y para representar una insulsa comedia. Sin embargo, se puso en camino con la simple esperanza de conjurar al menos en parte los efectos de la mala voluntad de su soberano, y al salir de Dresde le dirigió la siguiente carta, que debe conservar la historia.

«DRESDE 26 DE JULIO DE 1813.

»SEÑOR.

»Necesito desahogar mi corazon antes de salir de Dresde, para no llevar á Praga mas que el sentimiento de los deberes que V. M. me ha impuesto. Son las dos de la tarde. Solo me entrega el se-